

# “Supongo que al morirnos vamos al Océano Universal”

Ignacio Solares

*De entrada, una pregunta obligada: ¿Por qué su renuencia a las entrevistas?—a pesar de su rechazo, García Márquez se acerca lo más posible a la grabadora para contestar.*

Lo que pasa es que a un ser humano no le ocurren más de tres cosas serias en toda su vida, y ustedes los periodistas quieren hacer una entrevista todos los días, y quieren además que sea una entrevista seria, capaz de arreglar el mundo. Si uno les siguiera la onda seriamente, tendría que repetir la misma entrevista todos los días, y eso tampoco es serio. Póngase en mi lugar; yo le tengo terror al avión y terror al micrófono. Para volar, siguiendo la fórmula infalible de Luis Buñuel, tengo que tomarme antes seis martinis secos, pero cuando llego al aeropuerto de destino me encuentro con que allí están los periodistas, alegres y sobrios, esperando a que se les dé la fórmula mágica que salve a la humanidad. ¿Qué hace un buen borracho asustado en este caso? O manda a los periodistas al cuerno, cosa que yo no hago entre otras cosas porque fui periodista durante muchos años, o se pone a soltar tonterías lo menos serias que sea posible para que los viejos colegas queden contentos y para que la declaración permanezca en el mundo solamente 24 horas y no 200 años como quisieran ustedes. De modo

que por este camino se llega fatalmente al punto al que yo he llegado; o sea, a tratar de inventar algo nuevo cada vez, alguna idea distinta para no defraudarlos a ustedes ni defraudar al público, y en esa forma las entrevistas acaban por ser un nuevo género de literatura de ficción. En este momento, después de años de entrevistas continuas, para mí representa un mayor esfuerzo de imaginación contestar a estas preguntas que escribir un buen cuento. Si es que me sale un buen cuento...

*Pues ya ni modo. Puesto que nos concedió la entrevista hay que entrar en materia: ¿cuáles son los riesgos a que se enfrenta un escritor progresista, afamado, dentro de un régimen capitalista?*

El principal riesgo a que se enfrenta, precisamente, es a las entrevistas serias. A fuerza de decir cosas importantes y de decirlas todos los días, el escritor termina por caer en las más aburridas y absurdas contradicciones. Termina por ser un pesado que trata de meterse en todo, que trata de arreglarlo todo, y que al final se queda en nada. Un riesgo secundario es el que usted hubiera querido que yo mencionara como el principal, o sea, el que amenaza al escritor con la tentación diabólica de

la sociedad de consumo: los premios succulentos, los falsos honores, las innumerables carnadas que tiende el capital para ponernos de su parte. Yo no considero este riesgo como el más importante, porque el escritor que cae en él es porque quiere caer. Un hombre maduro con una ideología firme no se deja extraviar con fantasías o, para decirlo de un modo idiota, pero serio, se tapa los oídos con cera y se amarra del palo mayor —como lo hizo Ulises— para no escuchar el canto de las sirenas.

*“Qué aparato más horrible”, dice García Márquez mirando la grabadora. Sin embargo, soporta la siguiente pregunta: A su manera de ver, ¿cómo debe entenderse la libertad de un escritor?*

“Con la seriedad hemos topado, Sancho”. Pues bien, seamos serios. Yo creo que un escritor libre es aquel que puede rechazar todas las entrevistas que le propongan, puede escribir lo que le dé la gana y puede publicarlo, y una vez publicado puede llegar sin ningún tropiezo a quien lo quiera leer. Punto. Si ese escritor traiciona su propia conciencia —y acepta entrevistas que no quería aceptar!— peor para él. Eso es todo, lo demás es puro cuento. Pues esta ya la acepto y hay que llevarla a sus últimas consecuencias. Qué joda. Haga la pregunta de una vez.

*En Cien años de soledad hay una visión casi parapsicológica de la realidad, como si los símbolos y las fantasías*

*formaran parte de la vida cotidiana de los personajes. Sin embargo, algunos críticos han calificado a la novela de “realista”. ¿Qué puede decirnos sobre esto?*

¿Ve usted cómo me obliga a ser “serio”? ¡Qué joda! Los críticos piensan muchas cosas trascendentales; encuentran símbolos e intenciones ocultas donde las hay, y también donde no las hay. Cuando yo escribo, lo único que me interesa es contar mi cuento. Yo no sé cómo podría definirse *Cien años de soledad* pero le puedo asegurar que no hay una sola línea, ni un solo acto, ni una sola palabra de los protagonistas que no hayan sido sacados de la realidad real, por llamarla así. Lo que sucede —pienso yo— es que la realidad tiene muchas caras, y de todos modos es mucho más fascinante lo que esas caras tienen por dentro que lo que tienen por fuera. ¡Ya me obligó usted a decir una cosa “seria”, carajo!

*¿Encuentra algún cambio importante en la América Latina de ahora, en relación con la que dejó, cuando hace cinco años se marchó a Europa?*

Ya me acabó de joder. Vamos a ver. He encontrado dos casos nuevos: Chile y Perú, que parecen representar, al lado de la experiencia cubana, dos vías diferentes hacia el socialismo. Pero en realidad el cambio más importante que creo advertir en América Latina es de tipo más general y tal vez más profundo. Me refiero a la forma en que se han abierto paso ciertas palabras que antes



Gabriel García Márquez con Juan Ramón de la Fuente, Julio Scherer e Ignacio Solares

parecían prohibidas. La simple palabra “revolución” que antes no era permitido pronunciar en la mesa es ahora una de las palabras predilectas de las abuelitas. Esto no es tan tonto como parece. Tanto en la historia como en el amor las palabras van siempre adelante, preparando el camino por donde han de pasar los hechos. Le aseguro a usted que estamos a punto de un cambio radical en nuestros pueblos.

*¿No afecta a su trabajo literario la expectativa ante la publicación de una próxima novela?*

Lo único que afecta a mi trabajo literario son las entrevistas como ésta —*contesta García Márquez, matizando su respuesta con una sonrisa amable, en la que se adivina la ironía*—. Con lo que llevamos hablado hasta ahora, ya habría escrito un párrafo de mi nuevo libro. ¡Que me está costando más trabajo y noches de insomnio que usted y sus posibles lectores pueden suponer! Aquí, en esta maldita entrevista, se van mi imaginación, mis palabras, mi energía, mi mejor tiempo para escribir. Quedo seco. Pero ustedes son tenaces; por eso no vuelvo a aceptar una entrevista en lo que me resta de vida. Tuvo usted el privilegio de ser el último. Yo creo saber para dónde voy y no tengo ninguna prisa. Es bueno que se sepa además que soy capaz de morir perfectamente tranquilo sin escribir un nuevo libro, y que ustedes serían injustos si no lo entendieran, como no parecen haber entendido —por ejemplo— el caso de Juan Rulfo. Yo he dicho, y quiero repetirlo, que *Pedro Páramo* es la novela más hermosa que se ha escrito jamás en lengua castellana. Subrayo: la más hermosa. Sin embargo, lo único que oigo decir sobre Juan Rulfo es que no ha vuelto a

escribir, ¿por qué? Pues bien, yo creo que *Pedro Páramo* y *El Llano en llamas* constituyen una obra total que muchos escritores envidiamos y que el hombre a quien le dio la gana escribirla tiene perfecto derecho a no escribir más, si no le da la gana. Por favor, déjenos vivir en paz. ¡No nos hagan más entrevistas!

*Cuando la presente entrevista apareció en Excélsior y se transmitió por Radio Universidad, García Márquez me habló para comentarme que, gracias a ella, le había yo espantado a varios periodistas culpígenos que no querían interrumpirlo en su labor literaria. Y, sin embargo, a él que fue periodista, le daba tanta culpa rechazar a sus colegas que ya había aceptado un par de ellas, ahora que apareció su nueva novela. “Carajo, qué pinche oficio éste de andar tras de gente que no quiere hablar y tú quieres que hable. Pero yo lo viví, lo padecí, sobreviví de él, y no puedo descalificarlo. El periodismo me permitió no morirme de hambre, casi nada. Así que toda mi solidaridad a mis colegas, aunque sean tan latosos e impertinentes como tú”.*

*A propósito de impertinencia, dos últimas preguntas aprovechando que te tengo en la línea.*

Qué bien jodes.

*¿En qué cree Gabriel García Márquez?*

En TODO (con mayúscula), menos en Dios.

*¿Adónde vamos a morir?*

Supongo que al Océano Universal.

10 de julio de 1972



Con Mario Vargas Llosa, Carlos Barral, Julio Cortázar y Josep Maria Castellet, Barcelona, 1972